

Antes de bajar del taxi me retoqué el rojo de labios. Solo de pensar que en unos minutos no quedaría rastro de él me excitaba.

El hall del hotel estaba como siempre, apenas había cambiado la decoración en estos veinte años. Una pareja de jóvenes ojeaban una *tablet*, un hombre mayor hablaba por su teléfono móvil y el recepcionista daba instrucciones sobre un mapa a otra pareja.

Caminé lo más rápido que pude con aquellos tacones de aguja para llegar a la puerta del bar. El sonido de mis tacones hizo que todos se giraran a mirarme, y sentí como si llevara la palabra 'infiel' tatuada en la frente

No tardó en llegar el calor que hacía que me ardiera la cara y la sensación de vértigo en el estómago. Una mezcla de excitación, deseo y miedo, luchando por apoderarse de mí.

Había pasado un año desde nuestro último encuentro. Para algunas cosas, un año no es tiempo suficiente; pero para volver a sentirle era toda una vida.

Empujé la puerta de entrada al bar y solo avancé unos pasos. No pensaba pasar si él no estaba. Paseé mi mirada por todos los hombres sentados en la barra, buscando sus ojos. Ahí estaba, sentado al fondo, con una cerveza en la mano, esperándome, como todos estos años.

Nuestras miradas se encontraron y me dedicó una sonrisa: la sonrisa que hacía que me temblaran las rodillas y alguna otra parte de mi cuerpo.

Se levantó, y con pasos firmes se acercó sin dejar de sonreír. Al llegar a mi lado, no hablamos, solo nos miramos. No sé cuánto tiempo permanecimos así, envueltos por una enorme burbuja

que hacía que todo lo que estuviera fuera no importase. Solo él y yo. Como había sido siempre.

Llevaba la llave de la habitación en la mano, y con una inclinación de cabeza me indicó que era el momento de irnos. A partir de ese instante, mi perfecta vida de mujer casada dejó de existir. No podía pensar con coherencia. Y es que mi atención estaba centrada por debajo de mi cintura.

Al entrar al ascensor no pude evitar sonrojarme. La noche que nos conocimos nos comíamos a besos ahí dentro.

Estaba a punto de acercarme a su boca cuando una pareja mayor entró al ascensor. A mí no me importaba tener espectadores, pero Morgan giró la cabeza, frustrando mi beso.

—Controla tus prisas, Kat —me miró divertido. A Morgan le encantaba dilatar los momentos hasta provocar mi desesperación.

En aquel espacio tan pequeño, su cuerpo me atraía como un imán. Necesitaba tocarle. Discretamente le acaricé la mano, y sentí cómo una descarga de electricidad subía desde mis pies. Ese pequeño gesto fue suficiente para encenderme.

—Solo tenemos que esperar dos minutos más —volvió a susurrarme al oído con esa voz medio rota, y aprovechó para pasar su lengua por mi cuello.

—Una eternidad.

Morgan se apartó de mi lado para mirarme sin descaro, de esa forma tan intensa que hacía que mi sexo palpitara de necesidad por que me tocara.

Sus ojos recorrieron mi cara, y se detuvieron en mis labios. Sentí su mirada por mi cuello, deslizándose hasta llegar a mis pechos, que no escondían la excitación que me invadía.

La respiración se me agitó cuando se detuvo en la abertura de mi vestido, y como un acto reflejo abrí las piernas.

Planta 16.

Planta 17.

Aquella espera estaba acabando conmigo.

Planta 18. En ésta se bajó la otra pareja.

Nos miramos y no sé quién se acercó primero; pero un segundo más tarde estábamos fundidos en un beso. Nuestros labios

se entendían a la perfección, las lenguas se buscaban, el sabor de nuestras bocas se unía hasta no saber dónde empezaba uno y terminaba el otro.

No pude controlarme, aunque tampoco quería hacerlo, y se me escapó un suspiro al que él respondió con un gruñido. Quería más. Necesitaba más. Le agarré del pelo, forzando que no se separase de mí ni un milímetro, y como respuesta él me levantó del suelo y me colocó contra la pared. Enredé mis piernas a su espalda y empecé a desabrochar su camisa. Morgan se rio y me dejó caer suavemente al suelo.

—Después de un año, creo que podemos esperar a llegar a la cama.

Nuestra habitación era la última del pasillo, y maldije su estúpida capacidad para mantener el control.

—Yo no estaría tan segura.

—Vamos, Kate, valdrá la pena esperar. Te lo aseguro.

Me estremecí de placer.

—Solo hasta llegar a la habitación —sonó tal y como lo que era: una amenaza.

Al entrar cerró la puerta tras de sí, y tiró de mi brazo para acercarme hacia él. Con un gesto suave consiguió que girase sobre mis pies, y me dejó pegada a la puerta, con las manos levantadas por encima de la cabeza y su boca a menos de dos centímetros. Quería besarle, pero cada vez que me acercaba, él se alejaba sonriendo.

—Kat, tendrás que esperar unos minutos.

—Umm —estaba demasiado cerca para que yo pudiera ser coherente.

—Necesito una ducha, llevo demasiadas horas encerrado en mi coche.

—Una ducha... Me parece una buena idea, si lo hacemos juntos.

Morgan estalló en una carcajada y soltó mis manos.

—No cambias, Kat, siempre pensando en lo mismo —y me dio un casto beso en la mejilla.

Nos dirigimos al cuarto de baño cogidos de la mano. Se encargó de preparar la bañera, mientras yo me deleitaba observándole, media hipnotizada con su cuerpo. La idea de lo que iba a suceder en aquella bañera me provocó un calentón. Como respuesta, se me ocurrió comenzar a quitarme le vestido. Morgan se giró y adivinó mis intenciones.

—Este espectáculo no quiero perdérmele —se sentó al borde de la bañera, con cara expectante—. Vamos, pequeña, desnúdate para mí.

En cualquier otro momento de mi vida, esta situación me hubiera avergonzado; pero con Morgan todo era diferente. Yo era diferente. Con él, todo era deseo, todo un mundo de sensaciones; me transformaba en una mujer apasionada que pedía sexo salvaje.

Comencé a desabrochar el segundo botón de mi vestido, para pasar al tercero, y luego al cuarto. Su miraba gritaba deseo, aunque su boca siguiera cerrada. Debajo de su cara inexpresiva intuí su deseo. Casi tan salvaje como el mío.

Desabroché el último botón, y el vestido cayó al suelo, dejando a la vista el conjunto de lencería por el que había pagado mucho más de lo que podía permitirme: un precioso sujetador negro de encaje y seda con pequeños detalles de color azul añil, su color favorito, con un poco de relleno que provocaba que mis pechos estuvieran más unidos y levantados de lo normal, otorgándoles una apariencia muy redonda y firme. La braguita, estilo *culotte*, solo de encaje, dejaba parte de mis nalgas por fuera y; a ella se le enganchaban los pequeños elásticos del ligero.

Morgan se aferró al borde de la bañera, y su respiración se agitó. Me sentí atractiva, poderosa y aliviada.

Nos separaban unos pocos pasos, y traté de recorrerlos de forma sensual. Dudo que lograra el efecto que buscaba; pero Morgan se levantó y avanzó con los brazos abiertos hacia mí.

Con su abrazo levantó mis pies del suelo, y nuestras bocas se encontraron. Nos besamos muy despacio, saboreándonos; nuestros labios se unieron suavemente mientras las lenguas se buscaban para entrelazarse sin ganas de soltarse.

Volvió a dejarme en el suelo, y terminamos con aquel beso. Mis manos estaban en sus hombros, y fui deslizándolas lentamente por su clavícula hasta llegar a su pecho. Deseaba verle sin ropa.

—Yo también quiero mi espectáculo —le dije.

Me senté en el mismo lugar que Morgan había ocupado antes mientras se quitaba con rapidez la camisa. Había algo en sus movimientos que me distrajo durante unos segundos: parecía nervioso, tímido, como si aquella fuera nuestra primera vez. Cuando su camisa dejó al descubierto su pecho firme y parte de su pelvis, perdí por completo el hilo de mis pensamientos.

Le miré con los ojos abiertos, sorprendida por lo que estaba viendo. Él entendió lo que pensaba, y entre risas me dijo:

—Me he depilado para ti. Creí que así te gustaría más; ahora soy más suave.

—Tendría que tocarte primero para poder opinar —en realidad, lucía tan suave que me imaginé pasando la lengua por su pecho y me puse en pie de un salto. Quería experimentarlo.

—¿No quieres ver el resto?

Y en ese momento bajó lentamente su bóxer, dejando al descubierto su sexo erecto sin un solo pelo.

Antes de que pudiera dar crédito a lo que estaba viendo, Morgan ya estaba a mi lado. Me cogió de la mano, y me ayudó a entrar en la bañera. El agua estaba tibia, se había enfriado bastante por el tiempo que habíamos pasado desnudándonos; pero lo agradecí, mi temperatura corporal ya era bastante alta. Y estaba segura de que aumentaría con el paso de los minutos.

Morgan se sentó colocando su espalda contra la bañera, y yo me acomodé entre sus piernas. Comenzó a acariciarme el pelo.

—¿Te he dicho ya que eres preciosa?

—Solo una vez.

Siempre me hacía la misma pregunta, y yo siempre respondía lo mismo. Con los años, aquella frase llegó a convertirse en una forma de decirnos muchas cosas sin necesidad de pronunciar palabras.

Giré un poco mi cuerpo para poder mirarle a los ojos. Quise decirle lo que me hacía sentir, cómo lograba que mi cuerpo

vibrara con un simple roce; pero abrí la boca y las palabras no salieron. Mejor demostrarlo que decirlo. Me acerqué a sus labios y le besé.

Aquel fue un beso diferente, lleno de ansiedad por sentirle, por demostrarle cuánto le había extrañado. Me abandoné al placer de recorrer con la lengua cada centímetro de su boca, perdiéndome sin remedio en su sabor.

La excitación de Morgan aumentó, y apreté mi cabeza contra su boca. Ese gesto consiguió que me excitara aún más, y giré hasta colocar mis piernas en su espalda.

Sus manos bajaron a mis pechos, que acarició suavemente hasta que llegó a mis pezones, recordándome lo sensibles que podían ser. Su lengua jugueteó con ellos, hasta que se endurecieron adquiriendo una dimensión dolorosa. Morgan los miraba maravillado.

—Me encantan tus pechos —susurró—. Me vuelven loco, pequeña. Tienen la forma perfecta de mis manos. Están hechos para mí.

—Llevan un año esperando tus caricias.

Su respuesta fue un gruñido, y un segundo más tarde sus dientes tiraban de una forma deliciosamente dolorosa de uno de mis pezones. Apreté mi cuerpo contra el suyo mientras seguía mordisqueándome -quería estar aún más cerca de él-, y al moverme su sexo y el mío se rozaron, solo por un segundo, pero lo suficiente como para perder el poco control que me quedaba.

—Quiero sentirte dentro de mí. Ahora.

Morgan se rio a carcajadas.

—No seas tan impaciente. Aún no he empezado a saborearte —y siguió mordisqueando el otro pezón con una mueca de risa en su cara.

En cambio, a mí no me hizo nada de gracia. Sin pensarlo, deslicé mis manos hacia su sexo, dispuesta a tomar la iniciativa; pero me agarró de la muñeca y no me permitió ni un mínimo roce.

—Llevo un año esperando tenerte así, desnuda, mojada y caliente. Déjame disfrutar de este momento —sus palabras y su

voz susurrante fueron tan sexis que solo consiguieron excitarme aún más.

—Trataré de ser buena, pero no te prometo nada

La respuesta de Morgan fue una enorme carcajada que inundó el cuarto de baño. Le miré fascinada: su sonrisa se propagó por toda la cara, y le hizo parecer aún más atractivo.

Dios mío, cuánto me gustaba aquel hombre.

—Ya verás lo que les hago a las niñas buenas.

Y sin darme a tiempo a reaccionar, buscó mi clítoris con sus manos y empezó a jugar con él. El primer gemido que se escapó de mis labios fue profundo y ronco, incontenible.

Busqué su boca, tratando de enredarme una vez más a su lengua; pero lo único que conseguí de su parte fueron pequeños mordiscos en mi labio superior. No me dejaba acercarme lo suficiente.

Los movimientos de sus dedos se hicieron cada vez más rápidos. Parecían adivinar en cada momento la presión y la velocidad que necesitaba.

Dejé de preocuparme por el volumen de mis gemidos, y lo que podrían pensar los que dormían en las habitaciones más próximas. Estaba a punto de llegar al orgasmo, cuando Morgan dejó de acariciar mi clítoris para penetrarme con uno de sus dedos.

Mi cuerpo se arqueó sin que pudiera controlarlo, y gemí tan alto que Morgan tuvo que besarme.

Con una mano me aferré a su cuello, y con la otra agarré su muñeca para acompañar el movimiento de su mano y evitar que parara. Esta vez no me dejaría sin orgasmo.

—Pídemelo, pequeña, pídemelo que siga.

—Por favor...

—Vamos, pídemelo que no pare —volvió a repetir.

Estaba a punto de llegar al orgasmo. Sentía cómo todo mi cuerpo se tensaba, y cómo el suave hormigueo que envolvía mi sexo estaba a punto de dar paso a las deliciosas contracciones.

—Si paras ahora, te mato —fue lo único que pude decir

Morgan y yo estallamos al mismo tiempo. Él en una carcajada, yo en un orgasmo soñado durante un año entero.